



# LA PELÍCULA DE UN PAÍS LLENO DE MUERTOS

**Madre e hijo.** Arrate Zuruiza en el cementerio de Bergara, donde ETA asesinó a su esposo Luis Domínguez, enterrador del pueblo, en 1980 (recorte de EL CORREO). Su hijo Luis Ignacio, al fondo, sigue hoy el oficio paterno. :: IGNACIO PÉREZ



**RELIGIÓN**  
**EL TENSO SÍNODO SOBRE LA FAMILIA ABRE UNA BATALLA INTERNA DECISIVA PARA LA IGLESIA** P72

**Las víctimas de ETA que protagonizan el documental de Iñaki Arteta '1980' hacen memoria de un año terrible**



**OSKAR L. BELATEGUI**

Twitter: @Belategui

**L**a tumba de Luis Domínguez en Bergara está a muy pocos metros de donde cayó abatido por ETA el 25 de enero de 1980. «Fue a cerrar el cementerio y allí le esperaron», recuerda su viuda, Arrate Zuruiza. «Le llamaron por su nombre y le dispararon a la rodilla, no pudo escapar. Después le agarraron del pelo y pegaron el tiro de gracia en la cabeza». Su delito era ser el enterrador del pueblo y charlar con los guardias civiles, cuya casa cuartel estaba pegada a la funeraria. Su hijo Luis Ignacio ha seguido el oficio paterno. Abre y cierra todos los días la verja del camposanto junto a la que murió desengrado su padre. La historia del enterrador de Bergara es una de las muchas que se cuentan en el documental de Iñaki Arteta '1980'.





## «Mi hija se despertaba con postillas en la cara de tanto llorar», recuerda Arrate Zurutuza

➤ Un paseo por la localidad guipuzcoana en esta luminosa mañana de octubre descubre por qué Arteta ha abordado por cuarta vez un filme para reivindicar la memoria de las víctimas del terrorismo. Ni una placa recuerda el asesinato de Luis Domínguez en el cementerio, enclavado en mitad del pueblo y rodeado de verdes montañas. En su lugar se erigen las torres con cubos de basura marrones que Bildu ha impuesto en los municipios guipuzcoanos donde gobierna. 'Selektiboak gara (somos selectivos)', se puede leer en los contenedores. No hay pintadas a favor de los presos. Un cartel en la fachada consistorial disculpa la presencia de la bandera española «en contra de la voluntad mayoritaria de esta Corporación».

En realidad, la enseña permanece arrinconada en una esquinita del balcón y sin desplegar, mientras una enorme ikurriña se yergue en mitad de la plaza mayor, frente a la torre de la Iglesia de San Pedro y la plaza Telesforo Monzón. Arrate Zurutuza vive fuera de la zona noble de Bergara, lejos de las casas torre y los palacios barrocos. A la entrada del pueblo, entre polígonos industriales, una colonia de casitas tipo inglés recuerda tiempos de orgullo obrero. En Bergara hoy pasean grupos de amamas en chándal y las cuadrillas de jubilados liban de bar en bar. Los emigrantes no son la única novedad en el paisaje respecto a 1980, el año más sangriento de ETA con un centenar de muertos.

«Nací en Bergara y tengo 71 años, no me importa decirlos», cuenta Arrate en la cocina de casa, observada por una cacaúta y un perrillo que juega con el fotógrafo. «Soy abuela de siete nietos y bisabuela de tres bisnietos, con el cuarto en camino. Tenía 16 años cuando me casé con Luis, que era tres años mayor que yo. Vino de Cantaracillo, un pueblo de Salamanca; antes iban ocho de vacaciones y venían dieciocho, porque aquí había mucho trabajo. En esta casa llevamos cincuenta años viviendo». Como toca hablar de lo que pasó hace 34 años, esta mujer menuda y resuelta realiza un gesto mil veces repetido: cerrar la puerta de la cocina «para que no escuchen los vecinos». Después, cuando paseemos camino del cementerio que nos abrirá su hijo, recibirá saludos a cada paso.

### Cohetes por disparos

«Luis siempre fue un niño, sus hijos le adoraban porque era un crío como ellos», rememora. «A la gente le dio por decir que era chivato, a ver de qué se iba a chivar. Llevaba la funeraria Santa Marina, que estaba debajo del cuartel. Y hablaba con los guardias civiles, claro, sobre todo de caza. Eran críos de 20 años. Le tocó enterrar a un montón de ellos, caían como moscas». Como el resto de los protagonistas de este reportaje, Arrate recuerda el día que marcó su vida como si fueran las escenas de una película. Que Luis llegó a casa a hacer sopas de ajo con un amigo y tocó la guitarra haciendo el tonito. Que era Santo Tomás de Aquino y había fiestas en el cercano instituto, por eso los disparos se confundieron con cohetes y los encapuchados pasaron por disfra-



**Memoria.** Arrate Zurutuza, ante un retrato de su esposo, ha criado a sus cinco hijos «sin odio». ■ I. PÉREZ

## Anestesia moral

Las películas de Iñaki Arreta descienden al detalle macabro para recordar la anestesia moral de una sociedad. Solo así se entiende el asesinato del teniente Lorenzo Motos en San Sebastián, en el que los curiosos se dedicaron a recoger los casquillos de

bala para entorpecer la labor policial. O el tiroto a tres guardias civiles en Salvatierra, donde los vecinos avisaron a los etarras para que volvieran a rematarlos porque quedaba uno vivo. «Repaso las actitudes frente a la crueldad de la estrategia terroris-

ta, que durante años ha condicionado tantos aspectos de la vida política de nuestro país», constata el realizador baracaldés, que consiguió 340 mecenazas en internet que aportaron 70.000 euros para financiar '1980'. Televisión Española, Telemadrid y Televisión de Galicia también participan en el filme, presentado la pasada semana en la Seminci de Valladolid y todavía sin fecha de estreno

en los cines. Aquel año oscuro, en el que hubo 200 atentados y un centenar de muertos —uno cada tres días—, dejó un sinfín de víctimas. «Y cada historia de una víctima es una película en sí misma», advierte Iñaki Arreta, que observa en el cine sobre ETA el mismo error que cometió el periodismo en aquel tiempo: conceder el protagonismo a los terroristas y



zados. Que una vecina la llamó: 'Arrate, han disparado a tu marido a la puerta del cementerio'. Que su hijo pequeño, de regreso del trabajo, oyó los tiros. Que no la dejaron pasar pero vio un pie doblado bajo la sábana.

«Luis tenía miedo porque se había dado cuenta de que le seguían. No me decía nada, pero habían llamado a casa amenazándole. Lo que le había pasado a su amigo (Luis Berasategui, asesinado unos meses antes) le iba a pasar también a él. Pero si yo no he hecho nada! Pues no vayas a hablar con los guardias civiles, le decía yo. ¡Déjame en paz, tú eres igual que ellos!». Tras las amenazas, a su marido le ofrecieron irse a Sevilla. ¿Por qué me voy a ir y darles la razón? Arrate recuerda los años 80 a base de escalofríos. Cuando barria las aulas gigantescas de la escuela de maestría industrial y se sentía vigilada. Cuando bajaba la basura de noche. Cuando se plantaba en la ventana a cada manifestación que pasaba por debajo de su casa... «Solo un cura me dijo que, si necesitaba algo, ahí estaba».

Esta madre coraje reconoce que ahora ha sido consciente de que sus hijos «pasaron en la escuela las de Cain». «La chavala se despertaba con postillas en la cara, de tanto llorar de las cosas que les decían. Su padre tenía 38 años, pero la que tuvo que madurar fui yo. Hoy todavía me miran, pero ya sabes de qué pie cojea cada uno. Esta Bergara no tiene nada que ver con la de aquellos años. Nunca me he llamado, pero ahora sí tienes ganas de decirles algo, lo haces». Arrate cree que sus vecinos están más preocupados por el paro que por la independencia. Le sigue molestando el recibimiento a los etarras que salen de la cárcel y la falta de sensibilidad de los que piden el aguilalado para los presos en la carnicería cuando ella está presente. La familia no celebra nada los 25 de enero. «Les digo: ¿os acordáis qué día es hoy?».

Arrate Zurutuza se enorgullece de haber educado a sus hijos «sin odio, para que no fueran como los que hicieron aquello». Ya no siente la rabia que le desbordó a su cuñado, que en una imagen terrible que dibuja la sordidez de un tiempo y un país, al día siguiente de la muerte de su hermano compró todos los periódicos del kiosco y los quemó en la plaza mayor al grito de «primero le matan, luego le calumnian».



1980

► Iñaki Arteta presentó en la Seminci de Valladolid su documental, todavía sin fecha de estreno.

## «Veo a cámara lenta la última mirada de mi padre»

**Ignacio Ustarán Hijo de José Ignacio Ustarán, dirigente de UCD**

«Crecer sin un padre te hace mejor padre», reflexiona Ignacio Ustarán. «Mi percepción de lo que pasó cambió desde el momento en que nació mi primer hijo. Yo crecí sin una figura que me orientara. Y entonces noté esa carencia y la tremenda injusticia de que un hombre de 41 años no pudiera disfrutar de cómo crecían sus hijos». El hijo de José Ignacio Ustarán, secuestrado por ETA en su domicilio vitoriano el 29 de septiembre de 1980 ante los ojos de su familia y asesinado horas más tarde, tiene claro por qué aparece en el filme de Arteta: «Su recuerdo sigue muy vivo dentro de mí. Mi padre fue un vaso de pro, que luchó y murió por su tierra, por las libertades del País Vasco. Y en su caso no se ha hecho justicia».

José Ignacio Ustarán permanece en las hemerotecas como miembro del comité ejecutivo de UCD de Álava, un cargo sin relevancia política que ni siquiera le daba derecho a llevar escolta. Casado con Rosario Muela, concejal del mismo partido en la capital alavesa, este perito industrial era un objetivo fácil para ETA político militar. El cuerpo apareció en su Talbot en plena calle San Prudencia, bajo la sede del partido. Por la trayectoria de la bala se dedujo que el autor del disparo le obligó a ponerse de rodillas. Cuando la Policía descubrió el cadáver y fue al domicilio familiar,



Ignacio Ustarán se fue a vivir a Sevilla a los quince días de que ETA asesinara a su padre. Se considera «vasco y andaluz». :: ELVIRA MEGÍAS

### Duras condenas contra el asesinato de José Ustarán



José Ignacio Ustarán, ministro del Comité Ejecutivo de UCD de Álava, en el primer juicio por asesinato en Vitoria. Según sus familiares, no había sido amenazado y no existía escolta personal. Carlos Garmendia calificó el atentado como un intento de asesinar a sus líderes además de a sus personas. Foto: AGENCIAS. ● PÁGINAS 14 y 15

## «Solo dos compañeros me dieron el pésame»

**Francisco Astuy Hijo de Ángel Astuy, policía municipal**

Al día siguiente de que mataran a su padre, Paco Astuy fue a trabajar a la fábrica de chocolates de Oñate donde hoy todavía sigue fichando. De los 300 empleados solo dos le dieron el pésame. «Tienes que tener en cuenta que había mucho miedo. Todo el mundo miraba para atrás». Lo más duro vino después, con las huelgas convocadas cuando detenían a un etarra o le explotaba una bomba. «Era un obrero más y tenía que sumarme. Defendiendo a los que mataron a mi padre...». Astuy llegó a Oñate con diez años desde Isla (Cantabria). «Ahora le cuento a la gente que nos llamaban coreanos y maquetos y no se lo creen». Es feliz en su pueblo y en su fábrica. Hasta le cae bien el alcalde de Bildu, «parece una buena persona». Cada día se cruza con el asesino de su padre, que vive a cincuenta metros. «Fijate, todavía conservo la esperanza de que algún día se pare y pida perdón».

Ángel Astuy era policía municipal en Oñate. También trabajaba en una serrería pese a padecer asma y en agosto suplía al conductor del camión de la basura para mantener a sus cinco hijos. El 8 de febrero de 1980 iba al turno de noche y recibió dos disparos por la espalda. Le dio tiempo a entrar al bar Vitoria, ya desaparecido, y desplomarse sobre el mostrador. Los paraguayos estaban viendo el progra-



Francisco Astuy señala en Oñate el antiguo bar Vitoria, donde su padre entró arrastrándose tras dispararle por la espalda. :: IGNACIO PÉREZ

### Se dirigía hacia el Ayuntamiento para cumplir servicio de noche

## OÑATE (Guipúzcoa): POLICIA MUNICIPAL ASESINADO

OÑATE. (Servicio especial).—Ángel Astuy Rodríguez, de 43 años de edad, casado y con cinco hijos, policía municipal de Oñate desde hace nueve años, fue muerto por disparos cuando a las 6,50 horas de la noche de ayer salió de su domicilio en la calle de la Inspección de la Policía Municipal para dirigirse hacia el Ayuntamiento para cumplir servicio de noche. Los individuos sacaron sus armas y al momento, el señor Astuy se dio cuenta de que se trataba de un atentado pues comenzó a huir, de tal modo que los disparos —dos en concreto— los recibió por la espalda, con salida uno en la parte intercostal, y otro en el tórax. Inmediatamente herido abrió la puerta del bar Vitoria y, tambaleándose, con las manos sobre el pecho, pene-

Rosario Muela no se atrevió a abrirles. Pensaba que eran otros miembros del comando.

### Arropado de cariño

«A los asesinos de mi padre yo les vi la cara, eran dos chicos y una chica a los que nunca se detuvo. Mira que he hecho esfuerzo por retener sus rostros, pero ya se me han olvidado», lamenta Ignacio Ustarán. «Aquella día preparábamos el cumpleaños de mi hermana, que hacía siete años. Una persona me encañonó con una pistola y le sacó del cuarto. Al pasar frente al despacho de mi padre, le veo a cámara lenta sentado en su silla, con un terrorista obligándole a leer algo o a firmar. Me mira. Es la última vez que le veo vivo. Lo cuento y se me pone la piel de gallina. También recuerdo el grito desgarrador de mi madre, cuando el delegado del Gobierno la visita. Con trece años supe, en ese momento, que a mi padre le habían matado».

Al día siguiente, su hermana pequeña fue con chucherías al colegio. Días más tarde, los Ustarán se mudaron a Sevilla, «algo que le agradeceré a mi madre toda la vida». Ignacio creció «arropado de cariño, sin contaminar con el ambiente tremendo del País Vasco en los 80». Sigue volviendo a Vitoria, donde una calle entre polígonos industriales recuerda a su padre. «No se me ha olvidado mi condición de vasco. Mi padre me enseñó a querer esa tierra».

ma de Félix Rodríguez de la Fuente, informaba EL CORREO. «Lo único que se le ha oído decir ha sido 'ay, madre'», contaba un cliente.

### Se ha quedado en el camino

«Es una tontería, pero de aquel día se me ha quedado grabada una imagen», confiesa su hijo. «Yo trabajaba de dos a diez de la noche. Y cuando salí de la fábrica me crucé con un amigo que nunca me había ido a esperar. Aquella manera de mirarme... Al llegar a casa mi madre me preguntó si no había visto nada por la calle, a ella le había parecido oír disparos. Llamamos al Ayuntamiento. 'Somos los hijos de Ángel. ¿Ha llegado nuestro padre? No, se ha quedado en el camino'».

Ángel Astuy lo acusaron de chivato por tratar con guardias civiles. «Él hablaba con todo el mundo. ¿Qué coño va a ser un chivato, si de político no tenía ni idea», zanja su hijo, al que el documental de Iñaki Arteta le ha aliviado la pena. «Salgo dos minutos pero es como si me hubiera liberado de algo. Necesitaba a mi padre, nunca pudo enseñarme esas cosas que no se aprenden en los libros». Paco Astuy ha ido junto a su mujer a la Seminci de Valladolid a ver '1980'. Y se queda con la imagen de un vecino de Markina, que al recordar un crimen de aquel año baja la voz, «como si todavía tuviera miedo de que fuera a pa-